

bordada con preciosos arbustos de muy exquisitas plantas y con árboles de frondosas copas, se alza un majestuoso palacio de muy elegante arquitectura, ostentando en su soberbia fachada un bello pórtico de muy buenas proporciones.

Este monumental edificio encerraba en principios del siglo actual dos ricas colecciones de antiguas esculturas, que durante una centuria habían reunido con laudable perseverancia los príncipes de la familia Borghèse. En la época de la dominación francesa, Napoleón quiso á cualquier precio trasladar á Francia ese magnífico tesoro, y fué arrancado á sus dueños mediante la indemnización de *catorce millones de francos*. Grandes y poderosos esfuerzos hizo el príncipe Camilo por rescatar sus preciosos mármoles: inútiles las negociaciones diplomáticas que para lograrlo fueron entabladas; el tesoro de antigüedades de la casa Borghèse quedóse enriqueciendo el museo del Louvre.

Perdida la esperanza de recobrar aquellas colecciones, el príncipe se consagró á formar otras nuevas, adquiriendo algunos preciosos originales que pudo proporcionarse, y merced á los descubrimientos que hizo en diversas escavaciones que mandó hacer en sus tierras, logró poblar de nuevo las salas de su palacio con muchos y magníficos ejemplares que, aumentados considerablemente por su sucesor el príncipe Francisco y por el actual jefe de la familia, han hecho olvidar á los Borghèse la pérdida de sus antiguas colecciones.

Hase prolongado ya más de lo que nos proponíamos este capítulo. El lector nos perdonará que no le demos razón circunstanciada de lo que contiene el palacio. Mucho tenemos que ver aún, y sería interminable tarea describir cuanto encierran todas las galerías y los museos de Roma. Nos falta, además, que visitar otro palacio que posee esta misma familia Borghèse, en la ciudad, y allí nos hemos de encontrar con una galería, de cuyos objetos principales no podemos dejar de dar noticia á nuestros lectores.

Salimos, pues, del palacio y de la villa, no sin dar gusto á nuestro amigo de que tornase á saludar á la simpática reina de Italia, como lo conseguimos sin esfuerzo al atravesar la real carroza, una de las bellas calzadas del parque.

## CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.

Palacio Borghèse.—San Agustín.—Plaza Navona.—El Palacio *Madama* y el *Giustiniani*.—El Pantheon.—Plaza de la Minerva.—Santa María sobre Minerva.—Biblioteca Casanatense.—El Seminario.—La Iglesia Nueva.—Santa María de la Paz.

COMO dijimos en su lugar, de la plaza del Popolo parten las tres avenidas principales de la ciudad; el Corso en el centro, el Babuino á la izquierda y Ripetta á la derecha. Hemos recorrido la primera, visitando los más notables edificios de sus cercanías. De la segunda conocemos la plaza de España y las construcciones que en ella son dignas de una mención especial. Vamos ahora á emprender nuestra excursión por la tercera, y como sus calles adyacentes las hemos recorrido al ir caminando por la vía del Corso, seguiremos nuestra marcha sin interrumpirla hasta encontrarnos con uno de los más grandiosos edificios de propiedad particular, el palacio Borghèse, que ocupa él solo una gran manzana, y cuyo aspecto revela desde luego la opulencia y brillo de una de las familias más ricas y más ilustres de Roma.

Las dos fachadas exteriores son de una magnificencia rara, por la elevación del edificio, por el material de que aparecen construidas y por su ornamentación. Pero lo que sorprende por su grandiosidad y su belleza, es el patio principal á que da acceso la gran puerta que se halla situada en la calle de *Fontanella di Borghèse*. Entrando en el soberbio vestíbulo se descubre en el fondo del patio una suntuosísima fachada interior, formada de un bellissimo pórtico de tres arcos, cada



uno de los cuales sirve de nicho á una de tres colosales estatuas que representan á Julia, á Sabina y á Ceres, teniendo por fondo un hermoso parque cubierto de abundante vegetación. Circundan el patio por los tres lados restantes dos órdenes de amplios y hermosos corredores, sostenidos por noventa y seis columnas de granito, dóricas las del piso bajo y corintias las del superior. En este se hallan las habitaciones de la familia, y en el inferior es donde se encuentra reunida la magnífica colección de pinturas en doce espléndidas salas que contienen muchos centenares de soberbios cuadros, algunos de suprema calidad y la mayor parte de primer orden. La colección Borghèse puede considerarse como una de las galerías mejor dispuestas; en la colocación de los cuadros no solamente se ha estudiado la luz, la altura y otras varias condiciones, sino que han sido distribuidos los lienzos con tal arte y siguiendo tan rigoroso orden cronológico, que recorriendo el visitante las salas de la primera á la última, puede quedar satisfecho de haber tenido á la vista toda la historia de la pintura, desde los primeros florentinos hasta los últimos flamencos.

La primera sala, cuyo pavimento está cubierto de mosaicos modernos, se ve adornada con una magnífica mesa formada con una sola piedra de gran tamaño, de mármol rojo, sostenida por seis cariátides de bronce dorado. Las paredes decoradas con camafeos y la bóveda con un fresco de Domingo de Angelis, que representa la disputa de Apolo y Hércules. Entre los setenta y un cuadros que adornan esta sala, llaman la atención una Madona con un coro de ángeles de Botticelli, cuya expresión es muy viva y el dibujo correcto, una Virgen de Perugino y otra de Francia, ambas hermosas en el mismo género de belleza, es á saber, por la profundidad del sentimiento religioso; un interesante retrato de Savonarola, pintado por Filippo Lippi con la naturalidad y parecido que bastaban para dar carácter á semejante cabeza, una Sagrada Familia de Lorenzo Credi, condiscípulo de Leonardo de Vinci, dos cuadros de devoción de Mazzolino de Ferrara, un curioso retrato de Rafael pintado por él

mismo en su primera juventud, y dos cuadros de Pinturricchio que representan episodios de la historia de José.

En medio de la segunda sala, que se halla ricamente amueblada, dos preciosas copas de amarillo antiguo sostenidas por cuatro cabezas de león, hacen saltar dos chorros de agua que invitan al visitante á refrigerarse con ella. Los objetos de admiración en esta sala serían los bellos cuadros de Francia y de Fray Bartolomé, de Garófalo y del Sodoma, si desde la entrada no atrajese de una manera irresistible las miradas una sublime pintura, el Entierro del Señor, por Rafael. Aun cuando pertenece á la época de la juventud del grande artista, es una de sus mejores obras. Lo pintó á la edad de 24 años, en el de 1507, según lo escribió él mismo en el cuadro con letras de oro. Este famoso lienzo está perfectamente conservado, y en él se observan ciertos rasgos del estilo y de la escuela del Perugino, si bien se encuentran también una intimidad de sentimientos y una belleza en la expresión, que se buscaría en vano en otros cuadros, aun del mismo Rafael. El abatimiento, aunque inverosímil, de la Virgen hasta el desmayo, la desolación de las Santas Mujeres, los sollozos de María Magdalena que hacen correr las lágrimas por sus mejillas, la aflicción grave y reprimida de José de Arimatea, la tierna conmoción de San Juan, todo está presentado con suma delicadeza, á la vez que expresado con energía. El cuadro á que nos referimos es una obra inapreciable que bastaría por sí sola para colocar la galería Borghèse en primer término entre las mejores de Roma.

Dos lienzos de singular belleza figuran en esta sala en primera línea, salidos del pincel de un pintor ilustre, Francisco Francia; un San Esteban en oración, en el cual el movimiento, la expresión, la suavidad del pincel, la pureza del dibujo, el vigor en el colorido, nada dejan que desear; y una Virgen con el Niño, en que la belleza de las figuras rivaliza con la expresión de un sentimiento religioso verdaderamente celestial.

Otro cuadro muy notable han tenido la fortuna de poseer los príncipes Borghèse; el retrato de César Borgia, obra



de Rafael. Difícil es á un pintor expresar en un mismo individuo cualidades buenas y malas, y representar un carácter tan singular como el de ese ilustre criminal, en quien se reunían la circunspección y la audacia, la ferocidad y la finura. Rafael salió airoso de la dificultad, pintando un hombre hermoso, fiero y elegante, con el noble aspecto de un príncipe y la ruda fiereza de un bandido.

Dos retratos, obra del célebre discípulo de Rafael, enriquecen esta sala; un Julio II, que solamente el maestro lo habría pintado mejor, y una Fornarina, reputada como la obra maestra de Julio Romano.

Decorada esta sala segunda como la anterior, con camafleos en las paredes y pinturas al fresco en la bóveda, aquellos fueron ejecutados por Hermenegildo Constantini, y éstos, representando el sacrificio de Ifigenia, son de Domingo Corvi.

No seguiremos describiendo ni siquiera los más notables cuadros que contienen las otras salas, porque no acabaríamos. Llamaremos la atención acerca de algunos que no debemos pasar en silencio, y mencionaremos los autores de los que más se distinguen por su indisputable mérito.

En la tercera sala forma el encanto de los artistas el cuadro mitológico de Danae, la obra más perfecta de Correggio, y excitan su admiración una Magdalena de Andrés del Sarto y dos cabezas de Apóstoles, de Miguel Angel; una Sagrada Familia de Perino del Vaga y dos bellos cuadros de Sebastián del Piombo.

La cuarta sala encierra preciosas obras de la escuela de Bolonia, entre las cuales reina la bellísima Sibila de Cumas, del Domeniquino, de una ejecución admirable por la expresión y por el colorido. Allí se distinguen otras pinturas de los Carrachi, de Guido Reni y de Guido Cagnacci.

Otra obra de Domingo Zampieri figura en primera línea en la sala quinta, la Caza de Diana, cuadro notabilísimo en el cual dió á conocer el autor sus grandes talentos y su prodigiosa aptitud para desempeñar toda clase de asuntos. El pintor de las más sublimes escenas religiosas, sabía represen-

tar con la misma fuerza los pasajes nada edificantes de la mitología, y retratar la naturaleza en su más vivo esplendor.

De la sexta sala mencionaremos un San Estanislao, escuela de Correggio, severamente dibujado; una bella Magdalena de Sasso Ferrato; otra Magdalena, muy espresiva, del Guercino, y un retrato de Horacio Justiniani, por Andrés Sacchi.

Lamentable es que los pintores hayan abandonado el sistema de pintar sobre espejos, flores, frutas y otros objetos que á ello se prestan. Carlos Maratta, Ciro Fierri y principalmente Mario *di Fiori*, han dejado bellísimas producciones de este singular estilo, que ha caído enteramente en desuso. La galería Borghèse ha enriquecido la sétima sala con seis de estos primorosos espejos, en los cuales el segundo de los artistas mencionados pintó unos graciosísimos y encantadores niños, y el tercero los embelleció con admirables grupos de flores. Verdadera joya son los dichos espejos, que junto con una gran mesa circular de una magnífica cubierta incrustada con diferentes mármoles antiguos, hacen el encanto de los visitantes en la sala referida.

La de los paisajes llamaremos á la sala siguiente. Hay dos muy bellos de Cornelio Satiro; hay uno de Salvator Rosa. Encuéntranse además dos batallas de Bourguignon, y es notable un mosaico de piedras duras representando al Pontífice Paulo V.

Tres sorprendentes frescos ejecutados bajo la dirección de Rafael por sus discípulos, forman el principal adorno de la sala novena. Fueron trasladados al lienzo cuando se mandó demoler una casa que llamaban de Rafael en la Villa Borghèse.

Una sala en la cual se exhiben dos magníficos cuadros del Ticiano, por fuerza debe ser visitada con interés por los amantes de lo bello. La décima sala de la galería Borghèse, hállase enriquecida con dos obras notables del artista veneciano. *Las tres Gracias* y *El Amor sagrado y profano* son hermosísimas alegorías que por sí solas habrían hecho adquirir la inmortalidad á su autor, si no la hubiera ganado ya en muchas obras anteriores; pero el segundo de estos cuadros, afir-



man los conocedores que debe ser reputado como la obra maestra del Ticiano.

No porque los anteriores lienzos atraigan de una manera singular nuestras miradas, dejaríamos de mirar con interés entre otros muy buenos, uno de Leonardo Bassán, la Santísima Trinidad, y un San Juan Bautista predicando en el desierto, por Pablo el Veronés, y una bella Judith, de la escuela del Ticiano.

En la undécima sala se cierra la colección de los cuadros italianos. Todavía los hay en considerable número y muy estimables. Pablo el Veronés, Bassano, Schiavoni, Bonifazi, Soto, Palma el viejo. . . . dieron el contingente, y muy rico, para completar la gran sección italiana de la galería Borghèse.

Las escuelas del Norte hállanse representadas, dignamente á la verdad, en la duodécima y última sala. Allí está Van-Dyck en tres admirables cuadros, un adorable Crucifijo, un Descendimiento interesantísimo, y una hermosa María de Médicis: allí está Rubens en su notable cuadro de la Visitación y en el de Susana; allí Alberto Durer inmortalizando á Luis VI, duque de Baviera; allí Francisco Frank sorprendiendo con la exhibición de su taller de pintura; allí Stern expresando la dolorosa escena del Beso de Judas; allí, por fin, Rembrandt y Teniers y Cranach y Holbein y otros varios artistas flamencos.

Terminada nuestra visita del palacio Borghèse, tomaremos la dirección de la *Via della Scrofa* continuación de la Ripetta, y llegando á la esquina, voltearemos á la derecha para llegar á San Agustín, magnífica iglesia que no debemos dejar de visitar, sobre todo sabiendo ya que en sus paredes ostenta uno de los mejores frescos de Rafael.

Edificada esta iglesia en 1480 bajo la dirección de Baccio Pintelli, es la única de Roma que presenta las elegantes formas de la arquitectura italiana del siglo XV. Aunque fué restaurada en el siglo pasado, todavía exigió nuevas reparaciones, que fueron ejecutadas, así como excelentes obras de ornato, en 1856. La fachada es de grandioso aspecto y está

construida con travertino. Elévase majestuosamente sobre una plataforma á la cual se sube por una muy amplia escalera. Sencilla la ornamentación exterior, es sin embargo elegante, y ofrece los marcados caracteres de las grandes obras del renacimiento. Su planta es la de una cruz latina; el cuerpo principal está formado de tres naves que separan doce magníficas pilastras, y frente á los espacios que dejan abiertos las pilastras se abren ocho soberbias capillas, cuatro de cada lado.

La ornamentación general de la iglesia es sorprendente por la profusión de pinturas, de estucos y dorados que cubren de arriba abajo las paredes y se extienden por las bóvedas y la cúpula. Probablemente después de la iglesia del Jesús, no hay otra en Roma, fuera de San Pedro se entiende, que halla sido decorada con mayor magnificencia. Es lamentable que no esté suficientemente alumbrada; porque los bellísimos frescos que ostenta no son perfectamente visibles, con especialidad los que se hallan á la mayor altura. Es una verdadera desgracia que muchos arquitectos de Roma, al distribuir las luces en las iglesias, no hubiesen tomado en cuenta que sus paredes iban á servir de fondo á los pintores, para hacer brillar obras admirables, que muchas de ellas merecían se les hubiesen construido suntuosos templos en que brillaran en todo su esplendor las maravillosas creaciones del genio.

Los frescos de San Agustín, en su mayor parte fueron ejecutados por un célebre pintor contemporáneo, Pedro Gagliardi. Los de la nave del centro, son relativos á la Madre de Dios y representan los principales acontecimientos de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte. Hállanse distribuidos en doce grandes composiciones que se ven colocadas en el ático que reciben las pilastras, arriba del cual seis grandes lunetas de cada lado, correspondiendo á otras tantas divisiones de la bóveda principal, se ven cubiertas con las figuras de las mujeres bíblicas, Rebeca, Ruth, Jahel, Esther, Abigail y Judith, y los profetas que predijeron la maternidad



de María. Entre estos profetas hállase el que pintó Rafael y es objeto de admiración para los artistas.

Sabido es que existió una gran rivalidad entre Miguel Angel y Rafael. Buonaroti era hombre altivo y orgulloso; conocía acaso mejor que sus contemporáneos lo que valía, y se consideraba superior á los artistas de su época, que por cierto era la en que brillaron los genios de primer orden. Dícese que comprendiendo los talentos de Sancio, le miraba con envidia que no sabía á veces disimular. Rafael, por el contrario, reconocía en Miguel Angel cierta superioridad; lo admiraba, y sus obras eran objeto de su estudio más bien que de su censura. No dejaba sin embargo de aspirar á colocarse á la altura de su rival en ese estilo en que todos declaraban inimitable al gran artista, es á saber en la firmeza y grandiosidad que caracteriza á los profetas de la Capilla Sixtina. Se cree que Rafael, después de haber examinado detenidamente esas obras maravillosas, quiso ensayar la imitación del estilo, y con esa intención ejecutó el fresco que se halla enriqueciendo la iglesia de San Agustín. Si consiguió su objeto, no lo diremos nosotros: lo dijeron ya muchos artistas é infinidad de ilustres é ilustrados autores: lo dijo el mismo Miguel Angel, quien llamado para emitir su opinión acerca del precio de cincuenta escudos que Rafael pedía por pintar cada uno de los otros profetas, después de contemplar extasiado el Isaías, dijo: "Solamente la rodilla del profeta vale más de los cincuenta escudos." Esta obra vino á constituir á Rafael hasta cierto punto en una categoría superior á Buonaroti. Aquel consiguió hacer una buena imitación del estilo de su rival sin copiarle, éste no llegó á ejecutar algo que se pareciese á lo que pintaba Sancio. Y no es de creerse que Miguel Angel, después de la lección que había recibido de su competidor, no hubiese intentado confundirle imitando á su vez el estilo del pintor de Urbino.

Después de haber admirado á nuestro sabor el precioso fresco, dirigiremos nuestros pasos hacia el fondo de la iglesia, y quedaremos contemplando el altar mayor, obra del Bernini, adornado con bellísimas columnas y con exquisitos már-

moles, llamando especialmente nuestra atención dos ángeles colocados sobre la cornisa y dos pequeños genios que se hallan á los lados de la imagen de la Santísima Virgen que se venera en el altar y es una de las que sacaron de Constantinopla los griegos después de la toma de la ciudad por los turcos.

Detrás del altar mayor está el coro de los religiosos, cuyas paredes, así como la bóveda, se ven decorados con ricos frescos de Gagliardi, representando diversos asuntos y alegorías referentes á las glorias de María. Es una particularidad de algunos de estos frescos, hallarse pintadas las figuras sobre un fondo de azul hermoso comunmente llamado de ultramar. En la bóveda hay cuatro medallones con ángeles, que llevan emblemas relativos á la Santísima Virgen, y dan un gran efecto á la decoración.

Saliendo del coro á la derecha está una capilla elegantísima, en la cual se conserva en una hermosa urna de verde antiguo el cuerpo de Santa Mónica, madre de San Agustín. Del otro lado del coro, se halla la capilla de San Nicolás Tolentino, en cuya decoración puso el artista Gagliardi especial esmero.

En la nave del crucero del lado del Evangelio llama la atención la capilla dedicada á San Agustín, decorada con profusión de pinturas y estucos. El altar mayor ostenta cuatro hermosas columnas de mármol africano y un soberbio cuadro del Guercino, que representa al Santo titular acompañado de San Juan Bautista y de San Pablo primer ermitaño.

Las capillas de las naves laterales son dignas de visitarse. No haremos mención de ellas, porque tendríamos que ser muy difusos, y solamente haremos notar que una, la quinta de las del lado derecho, es célebre y ha sido especial objeto de veneración, porque la frecuentaba San Felipe Neri, pasando largas horas en oración delante de un Crucifijo al cual está dedicada todavía.

A la derecha de la puerta principal hállase un nicho en donde está colocada una bellísima estatua de mármol, obra de Jacobo Sansovino, que representa á la Virgen con el Niño



en los brazos. Sorprende más que la belleza de la escultura, la riqueza de alhajas que la adornan, y principalmente el culto que se la tributa. Muchas lámparas arden constantemente en el altar, y delante de la imagen á toda hora se ven arrojadas infinidad de personas de ambos sexos, y es costumbre que después de haber rezado, se acercan á la estatua y besan sus pies. A millares cuelgan de las paredes los ex-votos, la mayor parte de plata. No hemos visto en Roma otra imagen que sea tan venerada.

Saliendo de San Agustín se da vuelta á la izquierda por una pequeña calle y se llega á una hermosa plaza de forma elíptica, de grande amplitud y singularmente bella. Ocupa el sitio en que estuvo el circo de Alejandro Severo, cerca de las termas de este emperador. Es una de las plazas más elegantes de la ciudad y llama la atención de los viajeros por su regularidad, por la magnificencia de algunos edificios que la rodean y por las monumentales fuentes que la decoran.

El Papa Gregorio XIII mandó erigir las dos fuentes que se hallan en las dos extremidades, y son elegantísimas. Se componen de dos tazas de mármol; en la interior se levantan sobre el borde cuatro tritones soplando en conchas marinas por donde arrojan gruesos chorros de agua. Inocencio X ordenó al Bernini hacer una estatua en el centro, que completa graciosamente la ornamentación.

En medio de las dos dispuso el mismo Papa Inocencio fuese construida bajo la dirección del Bernini, la magnífica fuente que hoy embellece la plaza. Un gran recipiente circular revestido de mármol blanco, de 24 metros de diámetro; en el centro una enorme roca taladrada por cuatrolados, formando una especie de gruta imitando la naturaleza; en las dos aberturas principales hállanse de un lado un fogoso caballo marino y del otro un arrogante león que arrojan ambos agua por la boca; sobre la cima, y á una altura de más de 13 metros, se alza un obelisco de granito rojo con geroglíficos, que mide 16 metros: circundando la base del monolito y sobre los salientes de la roca, en su parte superior, están sentadas cuatro soberbias estatuas colosales que representan los cuatro prin-

cipales ríos del mundo, es á saber, el Ganges, el Nilo, el de la Plata y el Danubio: de las grietas de la roca, y abajo de las estatuas, se despeñan cascadas abundantes de agua, que con agradable estruendo caen dentro de la gran taza y se derraman de sus bordes en el recipiente principal.

Bellos jardines alfombran el suelo en toda la extensión de la plaza, dejando amplias calles para el tránsito de la gente.

Entre los notables edificios que adornan esta plaza, figura en primera categoría la iglesia de Santa Inés, cuya hermosa fachada, toda de travertino y con dos elegantísimas torres, fué construida por Borromini, y está calificada como su mejor obra.

Junto á esta iglesia á la derecha hay otro soberbio edificio dirigido por el mismo arquitecto para servir de colegio, en el cual son educados los jóvenes descendientes de nobles familias, y á la izquierda una gran casa de suntuoso aspecto que sirve de habitación á los capellanes.

Inmediato al colegio, el palacio Panfilí, de muy bella apariencia, es uno de los suntuosos edificios que adornan la plaza. Encierra este palacio una hermosa galería semejante á la del Borghèse, que describimos en su lugar, decorada la bóveda con un soberbio fresco de Pedro de Cortona, representando las aventuras de Eneas.

De la plaza Navona, atravesando una pequeña calle hacia el Oriente, nos encontraremos con el gran edificio llamado Palacio *Madama*, construido por orden de Catalina de Médicis, reina de Francia, de donde se derivó el nombre que lleva. El Papa Benedicto XIV lo compró para establecer la residencia del Gobernador. Más tarde, en 1852, se estableció en él la Secretaría de Hacienda y el Correo. En 1870 fué destinado al objeto al cual sirve en la actualidad: es hoy el palacio del Senado. No nos detendremos á visitarle, y tomando por la calle *Crescensi*, admiraremos de paso la grandiosa construcción y hermoso aspecto del palacio Giustiniani, obra de Juan Fontana y de Borromini, célebre en tiempos anteriores por haber reunido magníficas pinturas y esculturas. Seguiremos nuestro camino y á poco andar nos hallaremos